

Viernes V de Cuaresma



22 de marzo de 2024

Jr 20, 10-13

Sal 17

Jn 10, 31-42

P. Eduardo Suanzes, msp

Jerusalén, invierno, es la Fiesta de la Dedicación o Consagración del Templo, renovada en tiempos de Judas Macabeo (165 a. C.), después de la profanación cometida por Antíoco Epífanes. Caía en diciembre y duraba ocho días. Se encendían también en ella los grandes candelabros de la fiesta de las Chozas (de finales de septiembre) y llegó a llamarse la fiesta de las Luces o de las Chozas de invierno. Era también una fiesta muy popular. Jesús está enseñando en el Templo, en el pórtico de Salomón. Como era invierno, los fríos vientos del este provenientes del desierto hacían que los visitantes se resguardaran de ellos justo en este ala este, la única protegida y cerrada contra estas inclemencias del tiempo. Y ahí estaba Jesús, también resguardado del frío en una discusión acalorada con los fariseos. ¿Qué es lo que acaba de pasar para que quisieran apedrearle?

Pues que justo unos instantes antes Jesús ha dicho: «*Yo y el Padre somos uno*». La polémica está servida. El Espíritu, el amor leal que lo llena, es el principio de la actividad de Jesús y el Padre está presente y se manifiesta en él y, a través de él, realiza su obra creadora, que lleva a cumplimiento su designio. Jesús se entrega a la realización de este designio sin reservarse nada. Nada hay en él que se mantenga fuera de la actividad del Espíritu. Todo él es expresión del Padre: él es su Revelador, él es el Rostro del Padre. La identificación entre él y el Padre excluye toda instancia superior a él mismo. La crítica a Jesús es crítica a Dios; la oposición a él es oposición a Dios. Los fariseos no pueden apoyarse en nada para juzgarlo. Ante él no hay más que aceptación o rechazo, sabiendo que la una o el otro incluyen la misma opción respecto a Dios, porque el Padre y él son uno.

En cuanto Jesús identifica su actuación con la del Padre, lo rechazan de plano, porque tal declaración los acusa de ser enemigos de Dios, de quien ellos se llaman representantes: ellos no lo pueden admitir, y mucho menos delante de tanta gente como hay en el Pórtico en esa semana de fiesta. Sencillamente no pueden tolerar esa manifestación de Jesús.

Ante su intento, Jesús les pregunta el motivo. Él no ha presentado más credenciales que sus obras, no tiene ninguna otra pretensión ni reclama ningún privilegio. Son, pues, sus obras las que merecerán alabanza o condenación. Si ellos las condenan, deben explicar cuál de ellas es la que merece la muerte. Las obras vuelven a ser caracterizadas como propias del Padre, Dios, en favor del hombre.

Ellos responden que no lo quieren apedrear por ninguna obra sino por blasfemia. Lo paradójico es que la expresión que ellos tachan de blasfemia describe exactamente el proyecto de Dios: Jesús es el Dios hombre. Ellos, que no aman, sino que odian, no tienen

experiencia del amor de Dios ni, por tanto, de su plan. Acusan a Jesús de hacerse Dios siendo hombre. No comprenden el amor del Padre.

El origen primordial de la polémica estuvo en que los fariseos le preguntaron al inicio del diálogo: «*si eres tú el Mesías, dínoslo abiertamente*»¹; y este diálogo (insisto) está colocado en el contexto de la fiesta de la Dedicación, de la Consagración del Templo. Lo “gordo” de todo lo que está diciendo Jesús es que al declarar él que ***es el consagrado del Padre***, está tomando el lugar del Templo: él es el nuevo Templo²; ahora Jesús es la nueva Tienda del Encuentro, el lugar donde Dios se hace presente y se manifiesta a los que son de él, a sus ovejas, como había dicho con anterioridad³.

Por último les reta con el desafío final: «*Si yo no realizo las obras de mi Padre, no me crean; pero si las realizo, aunque no me crean a mí, crean a las obras; así sabrán de una vez que el Padre está identificado conmigo y yo con el Padre*». Y es que la calidad de un hombre ***se prueba por la de sus obras***. Y la calidad de las obras de Jesús las sustenta, las impregna, las inunda la misericordia de Dios, como ellos mismos han visto hace poco con la curación del ciego de nacimiento⁴. De esas obras de Jesús deben ellos deducir su unidad con el Padre, no hay otra explicación, muestran esa evidencia.

Jesús no admiten discusiones teóricas: si reconocen que su actividad es de Dios, lo que implica ponerse a favor del hombre, él es indiscutiblemente el Mesías. Si, en cambio, porque son opresores imponiendo duras y pesadas cargas sobre el hombre llano y sencillo, no quieren reconocer que su actividad es de Dios, la discusión no llevaría a ninguna parte. No hay fe en Jesús sin que preceda la opción en favor del hombre. Sin este requisito es imposible reconocerle como Mesías.

Los fariseos ya no pueden responder más: han quedado al descubierto sus verdaderas motivaciones y no tienen respuesta. Como de costumbre, otra vez, a pelan a la violencia, pero Jesús se les escapa. Lo importante de este momento es que Jesús sale definitivamente del templo, la ciudadela del sistema judío que rechaza al Mesías, de modo irrevocable. Ya no volverá más a él. El momento de su muerte está cercano⁵.

¹ 10,24

² Recuerden lo que había dicho en su primera subida a Jerusalén con motivo de la expulsión de los mercaderes del Templo: «*destruyan este templo y yo lo reconstruiré en tres días [...] Ellos no sabían que estaba hablando del templo de su cuerpo*». (2,19 ss)

³ Cfr. 10, 1 ss.

⁴ Cfr. 9, 1 ss.

⁵ Cfr. JUAN MATEOS Y JUAN BARRETO. *El Evangelio de Juan. Análisis lingüístico y comentario exegético*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1979